

LIBROS

Delibes: diario de una vida

Miguel Delibes es, sin duda, uno de los mejores escritores castellanos vivos. Nacido en Valladolid en 1920, es catedrático de Derecho Mercantil y periodista. Ya en 1947 ganaba el Premio Eugenio Nadal con *La sombra del ciprés es alargada*. En la actualidad cuenta con más de treinta obras publicadas. Tal vez sea por esta asiduidad que se suele pasar sin comentar sus obras. Y puede ser también por una visión equivocada de sus valores.

En esta ocasión vamos a comentar primero una novela que apareció ya en 1958 y que se ha reeditado recientemente, además de hacerlo también sobre otra que constituye su novedad actual.

El *Diario de un emigrante* (1) es la continuación de *Diario de un cazador* y es, como aquél, el diario de Lorenzo. Nos narra en esta ocasión las peripecias de su personaje, quien decide irse con la chavala de emigrado a Chile, desde donde los tíos de ella les pagan el pasaje y le ofrecen trabajo. El argumento no es más que eso, no es menos que eso: el itinerario vivencial de un hombre que ha de salir de su tierra para acabar regresando porque "te pones a ver, y como en casa, en ninguna parte": la nostalgia, la inadaptación, los proyectos.

Pero lo importante en el trabajo de Delibes es el mundo tan auténtico que sabe crear. La riqueza de su lenguaje. El conocimiento que tiene del habla cotidiana lo sabe utilizar genialmente para transportarnos al mundo que él quiere mostrar, empleando una asombrosa cantidad de giros, de expresiones que dejan de ser vulgares, que se entretejen artísticamente ofreciendo al lector un verdadero placer según van consumándose esas páginas encantadoras. Un texto real, tierno, fami-

(1) Miguel Delibes: "Diario de un emigrante". Destino. Ediciones Destino.



Miguel Delibes.

liar, que, de ser el primero que leemos del autor, nos empujará indefectiblemente a otras obras suyas: *Cinco horas con Mario*, el monólogo de una mujer ante el cadáver de su marido; *Las ratas*, un pueblo enfrentado al drama de la subsistencia como consecuencia de la guerra; *La hoja roja*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, una descripción de la buesga provincial, etc.

Y la más reciente: *El disputado voto del señor Cayo* (2), un intento afortunado de retratar el momento que vivió España ante las elecciones generales de junio de 1977.

Como en otras novelas suyas, no se trata de hacer mero costumbrismo, sino de que la descripción sea el ropaje de una idea, de un pensamiento. De un hecho. En esta oportunidad, aparte de la ambientación lograda de una situación tal vez demasiado cercana para poder aprovechar todo lo que da de sí, se plantea una dura crítica contra los partidos políticos que pugnan entre sí con el único objetivo de conseguir los votos que les encumbren al poder. Pero más allá de las organizaciones, de la actividad desplegada por la fiebre electoral, está el ser humano que comprende la inutilidad de tanto cartel, tanta insignia, tanto grito de consigna. Que es capaz de entender su propia rutina, su dis-

(2) Miguel Delibes: "El disputado voto del señor Cayo". Ancora y Delta. Ediciones Destino. La gran parte de la producción de Miguel Delibes se encuentra en esta editorial.

tancia, ante donde está verdaderamente su origen, ante su esencia auténtica.

Es el enfrentamiento entre la ignorancia camuflada de política y la cruda existencia del hombre.

Por ello, el voto del señor Cayo no será para nadie, ni para el fanatismo violento de unos, ni siquiera para el deseo bienintencionado y redentor de otros.

Porque su vida se mueve en otro universo, sin duda más cercano a su naturaleza. Y el autor de la novela sabe crear una historia sencilla que bien pudiera ser real, a partir de la que nos permite obtener nuestras propias conclusiones. Con ese estilo que continúa siendo tan propio, que recrea la realidad circundante y que se recrea a sí mismo como estilo llano, sin complicaciones innecesarias.

Una obra amplia que nos ofrece un objetivo nítido: la vida; pero la vida en su sencillez, en su verdad, la vida desmenuzada, sin recovecos. Y, si es preciso, como esa lúcida borrachera de Víctor, el diputado, que le descubre el cerco falso y absurdo donde se debate.

Delibes, un gran novelista que sigue contando. ■ VICTOR CLAUDIN.

"Sexus", con retraso

En 1944 (el mismo año de su boda con Janina Lepiska y del nacimiento de su hija Valentine), Henry Miller termina *"Sexus"* (1), primera parte de la trilogía que, con el extravagante título general de *"La crucifixión rosada"*, llegaría al punto final en 1960 con la publicación de *"Nexus"*.

"Sexus" se convierte en la empresa literaria más ambiciosa de Miller hasta ese momento, pero representa ya la curva descendente de su obra, tras el éxito de los *Tropicos* y la serenidad de *"El coloso de Marusi"* (1941), este último considerado siempre por Miller como su mejor relato.

Con *"La crucifixión"* Henry Miller intenta una visión filosófico-existencialista de la experiencia sexual, pero ya algunos

(1) "Sexus" ("La crucifixión rosada"), H. Henry Miller. Alaguara/Bruguera. Madrid, 1978.

de sus comentaristas echaron de menos, en su momento, el sarcasmo y el sentido vitalista de sus libros escritos en París, su etapa más original y fructífera.

La narración de *"Sexus"*, obra en la que algunos críticos han visto raíces de filosofía oriental por el emparejamiento entre lo erótico y lo espiritual, aparece estructurada en dos niveles muy definidos: el plano que pudiéramos llamar "objetivo" o descriptivo y el "subjetivo" u onírico. Este último es el más flojo de la novela.

Miller, que es un buen observador, capaz de escribir en corto y por derecho, en la línea de sus coetáneos norteamericanos de la "generación maldita", se empeña frecuentemente en lanzar parrafadas pseudoprofundas y "trascendentes" sobre el mundo y las cosas, y ahí, justamente, es donde empieza el "mensaje", es donde acaba el



Henry Miller.

mejor Miller. En Miller hay una voluntad mística permanente que se contraponen al puro existencialismo sexual y medular de sus novelas, pero el autor se obstina en reflexionar demasiado sobre esta dualidad, y muchos de sus buceos mentales acaban siendo el parto de los montes y un amasijo de confusión repetitivo.

A estas alturas nadie puede negar que Miller es un escritor de gran oficio y una tenacidad a toda prueba, aunque a fuerza de proclamarse "artista" y de querer explicar a los lectores lo distinto que se siente un escritor al resto de la gente, su monólogo, en ocasiones, adquiere resonancias narcisistas en esa

prolongada autobiografía-ficción, de la que "Sexus" y toda "La crucifixión" forman parte.

En fin, que con treinta años de retraso, y a bombo y platillo editorial, ya tenemos a Miller convertido en actualidad cultural del país. Puede que de la prohibición, tanto tiempo, pasemos ahora a la exaltación, y todo ello (como ya ocurrió con otros muchos) sin apenas leerlo. En todo caso, lo que queda de Miller, después de las consabidas reseñas y discursos de lanzamiento, será el rastro literario auténtico que dejará este jubilo de las letras que, a sus ochenta y ocho años, todavía aspira chocheante a que le den el Premio Nobel. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

El cuerpo invitado

No fue fácil —allá en mayo o junio de 1976— otorgar a Eduardo Haro el premio de poesía, por el que hace unos meses (tan tarde) se ha editado su libro. *Pérdidas blancas* (1) y el erotismo que ya desde el título se adelanta no gustaron a una parte de aquel Jurado, y quienes defendimos el texto, no lo hicimos sin la tensión de la polémica. Lo que no cuento aquí por el mero afán de narrar un suceso que conocí, sino porque releído ahora el libro —casi tres años después— me parece aquella disputa el signo fundamental de su mérito.

Me explicaré. *Pérdidas blancas*, primer libro de poemas de Eduardo Haro Ibars, es un texto chocante, y no tanto por su estricta singularidad, sino por su fuego. Los poemas están escritos en una combinación de cierta técnica surrealista (la que he llamado en otra parte *escritura automática controlada*) y el eco cercano de los estribillos y el grito eléctrico de los *rock-songs*. (Sin olvidar la insinuación de lo fantástico o de la ciencia-ficción.) Tal simbiosis —muy natural, por cierto— produce una poesía lujosamente magmática, acertada y atropellada al mismo tiempo. Una poesía desceñida y cuidada, cu-

(1) Eduardo Haro Ibars, *Pérdidas blancas*, Premio Nacional de Poesía Puente Cultural 1976. Libros Dante. Madrid, 1978.

"Asturias", nuevo periódico

El día 5 del pasado diciembre saltó a la calle un nuevo periódico, Asturias (*Diario Regional*). En la portada del número 1, su director, *Garciano García*, expresaba los propósitos que impulsan al nacimiento del nuevo diario: "La empresa que edita este diario —dice— ha sido fundada por cincuenta y cinco asturianos de las más diversas ideologías democráticas, que no aspiran a otra cosa que —y así ha sido recogido notarialmente— a que los periodistas que estamos en esta casa luchemos, desde nuestra trinchera profesional, para reflotar a Asturias, que hagamos un periodismo veraz y honesto, que defendamos las libertades democráticas, que protejamos la libre iniciativa empresarial, y que estimulamos la promoción de los valores de la ciencia y de la cultura".

A la cabeza de ese grupo de personas —los cincuenta y cinco fundadores asturianos— aparecen los siguientes: *Pedro Piñera*, como presidente del Consejo de Administración; *José Manuel F. Felgueroso*, presidente de la Junta de Fundadores, y *Jesús Manuel Martínez*, asesor a la presidencia del Consejo. Ellos se comprometen a velar por que "este periódico sea regional, liberal, informativo y cultural", manteniendo una in-



dependencia avalada por el hecho de que el capital social sea la suma de pequeñas aportaciones de 1.500 asturianos.

Impreso con pulcritud y nitidez en el sistema offset, la nueva publicación revela su carácter eminentemente regional en las seis primeras páginas dedicadas a la información, digamos, "casera". Le siguen dos de opinión, que incluyen el editorial diario, la revista de prensa y las cartas de los lectores, además de las sesiones habituales de nacional, internacional, deportes, sucesos, laboral, cultura, etcétera.

En los tiempos que corremos, cuando las habas caen a calderadas sobre el mundo de la información, ciertamente reconforta la salida de un nuevo diario. De ahí que TRIUNFO salude al nuevo colega, desde su más sosegado ritmo semanal, deseándole una larga vida. ■

yo reclamo básico (a través de ese lenguaje) es la excitación, el frenesí y la fantasía. No me parecería erróneo definir estos poemas de Eduardo Haro como de *realismo fantástico*, porque si el lenguaje está en la tradición de cierto surrealismo que nos alcanza, y los temas se adornan con emblemas literarios y estrellatos de *rock*, su mundo básico es sustancialmente realista y está en la calle. Su mundo son los bares noctur-

nos y el whisky —o lo que sea— bebido abundantemente. Son las chicas de la periferia y su destino pobre; pero, y aún más, la magia inmensa del cuerpo, como caricia y consuelo, y el sexo, agazapado o vibrante en cada página, como medio mejor de viajar y de conocer, de ser príncipe asirio en una vía de asfalto. De ahí la polémica aludida al inicio.

Pérdidas blancas es un libro intenso (cuya fuerza sobrepasa,

a veces, su lenguaje). Y un libro, un tanto como para ser dicho en voz alta, que invita continuamente al cuerpo. A través de diversas imágenes troqueladas, los poemas ensalzan el heterodoxo placer de enzarzarse a una cintura joven, de cantar el gozo de la piel como pradera libre, o de avecindarse en batallas donde las *pérdidas blancas* contagian su hermosura. Muchachos eléctricos, adolescentes daifos en las puertas de un *drugstore*, canciones sidéreas que el alcohol entona desde su rincón de un bar, todo ello es la fuerza y la seducción mejor del libro de Eduardo Haro Ibars. Y los versos, a veces,



Eduardo Haro Ibars.

brillan —en medio de una poesía en aluvión— con sortilegio raro. El referente —engranaje, cuchillo, semental, golpe o lengua— es siempre el sexo.

La mejor imagen correlativa para ilustrar *Pérdidas blancas* (y creo que lo comenté un día con el propio autor) sería un chico con *jeans* gastados, playeras y cabello largo, que juega, indiferente y magnífico, en la máquina eléctrica de unos billares. La bola de acero, de repente, acierta en el gong, y la pantalla marca cifras astronómicas, mientras una vicetiple rubia sonríe con malla dorada, cantan pájaros mecánicos y sus labios de *rouge* barato se iluminan, como los faros de la calle.

Así, el libro de Eduardo Haro nos deja el recuerdo excitante de un placer y nos emplaza, en su futura perfección, con una esperanza. ■ LUIS ANTONIO DE VILLENA.

Erratas que usted ya corrigió

En el número 832 de TRIUNFO, página 40, dentro del texto del artículo *La música repetitiva*, se deslizaron un par de erratas que, al bien el afinado sentido de nuestros lectores, sin duda, corrigió, señaláremos. Al violinista John Cale se le atribuyó el nombre del famoso compositor de vanguardia John Cage. Y pocas líneas más abajo, "La tortuga, sus sueños y viajes" sufría la pesadilla de verse transformada en "La tortura...". Y, por fin, en el número 322, página 39, al novelista Germán Sánchez Espeso, Premio Nadal 1979, se le cambia el segundo apellido por el de "Espejo", tal vez porque el duende tipográfico se viera influido por el carácter narcisista de su novela premiada, *Narciso*.